

# ESPERANZA: LA VIRTUD QUE MUEVE LOS NEGOCIOS EN TIEMPOS DE CRISIS

## Las virtudes del mercado

La idea de la suerte domina hoy la economía y el mercado: al éxito se llega por carisma personal o por coincidencias favorables. Los empresarios, en cambio, saben que el motor de la empresa es la esperanza, porque crea relaciones y determina certeza en los frutos que producen los talentos.

Aunque pueda parecer extraño, la esperanza es, o por lo menos debería ser, una virtud del mercado.

Ya sabíamos que la esperanza era una virtud, concretamente una virtud teologal, como la fe y la caridad. Según la tradición cristiana occidental en estas tres virtudes, en cierto sentido, se fundamentan las demás virtudes (valor, templanza, fortaleza, prudencia...).

La esperanza, por ejemplo, es una de las principales virtudes que deben poseer los empresarios. Un empresario solo pone en marcha una empresa, una nueva actividad económica, si espera que el mundo de mañana, en su conjunto, sea mejor que el de hoy, que los 100 euros que invierte hoy se conviertan en 101 o 105 mañana. Cuando alguien crea una empresa sin intención de especular a corto plazo, es como cuando un viejo planta una encina, sabiendo que los frutos de lo que ahora empieza sobrepasarán su propia vida. Sin esa esperanza, sería mejor que gastara su dinero en otras cosas o se dedicara a especular. Por eso la esperanza está unida a la confianza (fe, *fides*), puesto que nadie pone en marcha una empresa si no tiene fe en la vida y en el futuro. Rasgos característicos de los empresarios son el optimismo, el pensamiento positivo y una mirada generosa sobre el mundo, expresiones todas ellas de la virtud de la esperanza.

### Quién me mandará hacer eso

La virtud de la esperanza además es especialmente importante en los momentos de crisis, en las largas fases de impasse, cuando aparecen dificultades, calumnias, suspensiones o traiciones. Quienes hayan creado alguna empresa, sabrán que los momentos más importantes de su historia son aquellos en los que han conseguido mantener la esperanza a pesar de los acontecimientos, a pesar de los consejos de los amigos ("¿quién te mandará hacer eso?", "eres demasiado ingenuo", "no exageres ...") y a pesar de las previsiones de los expertos; cuando han tenido la fuerza de esperar, de insistir en su proyecto, de perseverar con fe en su idea y en su "*daimon*" socrático, caminando durante años al borde del precipicio.

La esperanza es una virtud y como toda virtud auténtica siempre es alternativa a la suerte. La gran cultura occidental nació en Grecia (sobre todo con Sócrates), en un momento que marcó una época, cuando se descubrió que la felicidad y la suerte estaban en lucha. En el mundo antiguo la felicidad iba unida a la suerte. Los filósofos griegos comprendieron que estaba comenzando la era de los hombres que, liberados de la diosa fortuna, de la suerte, podían empezar a ser verdaderamente responsables de su propio destino. El instrumento de esta liberación fue precisamente la virtud (*areté*, que significa excelencia, la misma raíz que encontramos en otras palabras como artista o acróbata), ya que sólo el hombre virtuoso puede llegar a ser feliz, incluso aunque tenga mala suerte.

### **Capacidad de excelencia**

La idea que surge en este extraordinario periodo de la historia humana es que los protagonistas principales de nuestra felicidad (y de nuestra infelicidad) somos nosotros mismos y no los acontecimientos. Estos ciertamente influyen en nuestro bienestar, pero nunca son decisivos para determinar la calidad de nuestra vida que, por el contrario, depende de la virtud, de sacar o no las capacidades para la excelencia que hay en toda persona, en cada uno a su manera. La virtud vence a la suerte.

La ética del mercado, en especial la ética empresarial, nace afirmando precisamente que los protagonistas del éxito de nuestras obras son la innovación, la responsabilidad y el trabajo y no la suerte. Por eso nuestra cultura de la virtud debe resistir hoy en un mundo que pone el acento en la suerte: loterías, juegos, quinielas, bonoloto (es impresionante la invasión de juegos de azar en la red, en televisión, en los patrocinadores de los equipos de fútbol ...).

La esperanza es una virtud porque no pone el retorno de la inversión y de la inteligencia en la suerte, sino en las propias virtudes (excelencia), en las de los colaboradores y en las de todos los sujetos del mercado (no debemos olvidar que el éxito de un empresario depende, entre otras cosas, de la virtud de sus proveedores y clientes, pero también de la de sus competidores y del sistema económico en su conjunto). La esperanza no es suerte, sino virtud.

### **Una virtud social**

Finalmente, la esperanza es una virtud eminentemente social. Esperamos en las personas: en el compañero Mario, en la proveedora Juana, en el competidor Andrés. La esperanza no es nunca genérica, no se dirige a desconocidos o a eventos aleatorios. La esperanza es un bien relacional, es invertir en una relación, en muchas relaciones. Por eso la esperanza, como todas las virtudes sociales (fraternidad, confianza, reciprocidad, *philia* ...) es frágil y vulnerable: nunca podemos controlar la respuesta del otro, únicamente podemos "esperar" en su reciprocidad, sin tener las garantías que dan los contratos. Pero, bien pensado, la vulnerabilidad es la condición más profunda de lo humano. Si la economía es vida, entonces debe saber convivir con la vulnerabilidad, sabiendo que en esta vulnerabilidad buena con respecto a los demás se esconden muchas de las cosas más hermosas de la vida, como el perdón, la reconciliación, la gratuidad, el encuentro libre y no jerárquico con los otros, el aprecio y el reconocimiento verdaderos y la gratitud sincera, bienes todos ellos de los que depende en gran medida el bienestar de las personas, incluidas esas personas a las que llamamos empresarios, que producen bienestar (y no sólo riqueza) cuando son capaces de virtud, de excelencia relacional, cuando cultivan la esperanza.